

de la temática ordinaria de la manualística en uso, además de algunas investigaciones novedosas y valiosas que enriquecen la búsqueda o permitan el esclarecimiento de los tópicos que se le presentan página a página al especialista o al oscultador del *corpus kantiano*.

Desafortunadamente la edición adolece de un índice de temas o de nombres, tan importante para la pronta ubicación de la temática que nos interesa de la obra. Sin embargo, la bibliografía está puesta al día con las investigaciones más recientes sobre la gnoseología kantiana y temas afines.

Héctor Velázquez
Universidad Panamericana

ARREGUI, JORGE V. *El horror de morir*. Tibidabo Ediciones. Barcelona, 1992. 405 pp.

El horror de morir, como su nombre lo indica, es una descripción filosófica de la realidad de la muerte; no como un problema teórico a resolver, sino como una posibilidad de la vida humana que horroriza. Y más que un simple ensayo filosófico pretende ser un estudio multi-

disciplinar. A ello se debe que se sirva de datos tan dispares como una encuesta sociológica, trabajo de teólogos de diversas tendencias y la antropología cultural (cfr. pp. 27-38, 91-96, 319-330, entre otras). Arregui es plenamente consciente de ello y explícitamente lo señala en su Prólogo-Epílogo: "*No faltará quien piense que en este libro se mezclan demasiados autores y demasiados temas; que toda la obra no es más que un bati-burrillo de ideas y reflexiones demasiado heterogéneas entre sí [...]*" (p. 10). Pero para ello tiene una justificación: "*creo haber heredado [...], por una parte, la manía de plantear si una afirmación es cierta o no, en lugar de preguntar por su autor; y por otra, la tendencia a buscar el saber allí donde se encuentre, sin preocuparme demasiado por la división administrativa de las áreas del saber*" (ibidem).

Con este antecedente se puede comprender que el libro tenga tantos enfoques y variaciones, tanto al plantear los problemas como al intentar resolverlos. De hecho, a lo largo del trabajo, no duda de pasar del testimonio de poetas y escritores

(algunos famosos; otros más bien poco conocidos) a argumentos filosóficos (cfr. v.gr. pp. 196-197).

El tema de la investigación es el problema de la muerte (o mejor dicho, la realidad de la muerte, incluidos sus problemas). El tratamiento se puede condensar en tres aspectos distintos: a) qué es propiamente la muerte; b) por qué la muerte es espantosa; c) qué actitud cabe tener ante ella. Ésta es una sistematización en cierto modo ajena al libro, pues aparte del índice, el autor no plantea un esquema claro para su exposición (y lo que ofrece en las pp. 359-363 es una recapitulación, no un plan de trabajo).

a) Arregui rechaza reiteradamente que la muerte sea un "acto humano", es decir, una decisión libre del hombre (pp. 100-101). Morir no es algo que la gente haga, sino que le sucede. Para probarlo, recurre entre otros lugares a un famoso pasaje sartreano contra Heidegger, donde ejemplifica magistralmente cómo nadie es dueño del último instante de su vida: "*lejos de ser mi posibilidad es un hecho contingente que, en tanto que tal, me escapa por principio y*

pertenece originariamente a mi facticidad [...]. La muerte es un puro hecho, como el nacimiento; nos viene desde afuera y nos transforma en afuera" (p. 193). Morir no es una "autoclusura", sino un naufragio. A nadie es concedida la "realización de su muerte"; ni siquiera al suicida, que en todo caso, sólo pone los medios materiales para que ocurra su muerte. Especialmente interesante resulta que Arregui encuentre un origen teológico a la pretensión existencialista de "*hacer mi propia muerte*" (cfr. pp. 156-164). Morir no es sino la destrucción paulatina y terminal de algo que estaba vivo. Un acto de morir, afirma, tiene una "*existencia exclusivamente nominal*" (p. 81).

b) la muerte horroriza porque contradice un dato fundamental de la autoconsciencia humana: me concibo inmortal (cfr. pp. 110-116 y 323-327), soy capaz de proyectar mis posibilidades sin contar con la muerte, que es en cierto modo ajena a mi vida (pp. 195-196) y la existencia y características del amor apuntan hacia algo inmortal en el hombre (cfr. pp. 293-301). No cabe ante

la muerte, dice, ni la aceptación puramente natural ni la evasión (y aquí argumenta magistralmente contra Epicuro, cfr. pp. 40-47). La muerte espanta, horroriza, no sólo porque es un mal, sino porque es en cierto modo el mayor de todos los males y al que en última instancia se ordenan todos los demás (p. 217, y nota 21). Biológicamente hablando, la muerte es natural; personalmente, reitera, una catástrofe (p. 194). La posibilidad de la inmortalidad, para Arregui, no hace la muerte más suave, sino más violenta. Sigue significando mi supresión como persona y le añade, además, un cierto halo de misterio, con una supervivencia extraña, poco atractiva y tan incomprensible como la misma muerte (cfr. pp. 355-359).

c) de la muerte, como un mal cierto que escapa a mi control, no puedo ni evadirme ni apropiarme. Sólo cabe encararse con ella del mejor modo posible. Aquí Arregui retoma el planteamiento heideggeriano y defiende la necesidad de afrontar la muerte con dignidad, no de modo "*anónimo y estúpido*"; sin pretender *poseerla*, sólo enfrentando a la muerte con autenticidad, es decir,

con fortaleza (cfr. pp. 366-369).

La superposición de planos, teorías, fuentes y argumentos da al libro cierta sensación de caos. A lo largo del texto se hace con frecuencia anticipación de temas que se tratan después por extenso y retrocesos en las argumentaciones para explicar mejor una tesis ya examinada. Junto a argumentaciones concisas y contundentes (v.gr., el argumento de la muerte como puro evento nominal) hay largas digresiones explicativas y comentarios de textos en apariencia triviales. A veces es difícil la conexión entre diversos temas (v.gr. al tratar de articular la poética del morir y las relaciones entre la sexualidad y la muerte, pp. 222-223). Todo ello, reitero, puede conducir a cierta confusión en la lectura.

Resulta notable cómo una de las tesis centrales del libro, la muerte como evento puramente nominal, choca de entrada con el más elemental sentido común. En su primera formulación (pp. 78-82 y notas) parece dar a entender que la muerte no existe, sino que sólo la mencionamos; y entonces se debería dar la razón a Epicuro. Sólo después Arregui parece explicarse mejor: "*La muerte no*

es una realidad positiva, sino negativa. Su única realidad positiva es el proceso de pérdida de la vida. Dicho de otro modo, la realidad de la muerte es la de una privación y por eso no puede comprenderse en sí misma, sino que sólo puede ser entendida desde su contrario: la vida" (p. 204). Existe una actividad degenerativa, "estar muriendo", y un resultado, "estar muerto". Uno "se muere" mientras está vivo, agonizando; y después, queda el cadáver, que "está muerto". No es, por decirlo así, que la muerte no exista, sino que su existencia es "negativa".

Respecto a que no exista un instante de morir, la cosa no está tan clara: puesto que todos los eventos se dan en el tiempo, aún el evento "negativo" del morir debería darse en un instante. Pues bien, parece que lo que existe es este "morir en un instante" (empezar a estar muerto en un instante), no un "instante de morir" (un instante en que *me muero*). Pero esto es una conjetura, no una referencia textual.

Arregui entrega una propuesta interesante. Afirma que el verdadero papel de la filosofía no es resolver el problema de la

muerte (pp. 64 y 364), intento al que renuncia desde el principio, y lo justifica poco antes de terminar el libro. La filosofía no debe *eliminar la muerte* como quería Epicuro, ni hacernos *dueños de ella*, como sugiere Heidegger, sino *mostrar su aguijón* (cfr. p. 164) para enfrentarnos del mejor modo con ella. Todas las consideraciones antropológicas terminan con una propuesta ética.

José Luis Rivera
Universidad Panamericana

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.